

carlos monsváis

el momento de las jovencitas

A Carmen Lugo

Las jovencitas al acecho (I) El autógrafo

En la entrada lateral del teatro de revista, las jovencitas esperan. Se aferran premiosamente a sus discos recién comprados, condición previa para la audiencia en donde obtendrán la bendición inacabable del autógrafo (La firma es el alma apresada del firmante y el poseedor de un museo de trazos caligráficos tiene la clave de la fama, se aceptan fotocopias y no se admiten burlas). De dos en dos, las jovencitas incurren en el ceremonial. Se intensifican los comentarios:

—Yo quiero que abuse de mí.

—Sí me mira fijamente estoy perdida.

—Estoy tan nerviosa que no voy a poder seducirlo.

Con languidez, el artista las acepta en su camerino, inscribe líneas entrañablemente idénticas, pregunta: “¿Cómo te llamas, mi amor?” La interesada suelta su nombre nerviosamente, en susurro, como prescindiendo de un estorbo. Una actriz, en el camerino, se dirige a una peticionaria:

—¿Quieres llorar? Orale.

—Si no me faltan ganas. Lo admiro mucho. Leo todo lo que sale sobre él.

El cantante compositor comenta: “Me dieron el premio por mis ocho millones de discos vendidos”.

La jovencita, con orgullo podado de cualquier malicia lo interrumpe: “Fueron nomás dos”. El cantante se reinstala: “Dos millones de elepés y seis de extended”. Hay distinción y calma.

—Pónle una dedicatoria donde digas que soy la que más quieres.

“A Carmela con todo el amor de su...” ¿Te gusta así?

—Te hicimos un pastel el día de tu cumpleaños. Nos quedamos esperándote en la estación. Yo estudio para dietista y te hice un pastel especial de esos que no engordan. Cuando quieras te lo vuelvo a hacer.

—Gracias, mi amor.

—Mira, éste es mi álbum de recortes. Firmámelo. Por favor.

—Traje mi cámara. ¿Me dejas que me saque una foto contigo? ¡Por favor! Es instantánea.

—Soy de Angangueo, Michoacán. Allí lo vimos. Estamos formando allá su club de admiradoras.

Le presentan el ídolo un poster para que lo firme. El rito no admite modificaciones. La emoción, el ánimo trémulo, la audacia.

—¿Me permites darte un beso?

La jovencita se agacha a caza de la mejilla. La jovencita está anhelosa.

—Ay, casi ni sentí el beso. Dámelo de nuevo.

—Tengo prisa, mi amor.

—Pero yo vine desde Angangueo.

—Orale, toma y ora sí vete.

—¿No te importa que le diga a mis amigas que me besaste en la boca?

—No, pero ya salte, mi amor. Deja entrar a la siguiente.

Frankie Boy

Estados Unidos, el boom de la primera industria cultural. El disco retiene masivamente el instante maravilloso (*the magic moment*) y la voz del ídolo asume y transfigura la melodía que dulcifica y vigoriza a su auditorio. La admiradora es un bien social, la admiración es certificado de existencia, las emociones propias se comprueban al verirlas en la contemplación de fotos, en el apretujamiento del estudio de la televisión, en el trance ante la información vicaria: "Se dice que el conocido cantante sale mucho últimamente con la actrícita..."

El primer alarido dispuso de traducción simultánea: ella grita/ ella se rinde/ ella confiesa su amor/ ella literalmente se derrama. Los ídolos sonreían y besaban a sus seguidoras y llevaban lágrimas post-coitum a los ojos vírgenes y acariciaban morosamente el micrófono, el primer descaro erótico ante la tecnología (la poesía futurista, encumbramiento pasional de la máquina, desdeñó las implicaciones freudianas de los instrumentos mecánicos). El micrófono tan acariciado, podía o no ser un símbolo fálico, podía, o no atraer a las vírgenes con su aspecto de presunción erguida, pero lo cierto es que correspondió de modo amable y el crooner insinuó suavemente con su voz, quemadura ("aterciopelada", fue adjetivo de la época, una voz mullida para frotarle o utilizarla como reclinatorio, la síntesis en su apogeo), y las jóvenes eligieron el desmayo y la confusión de los sentidos. Después de tan profuso masaje convenía el desvanecimiento como el sueño que invita, voluntarioso, a la seducción y si puede, a un desfloramiento retrospectivo.

En México, las admiradoras se inauguraron conquistando los pasillos de una estación de radio, la XEW. Gimieron y se estrujaron las manos y palidieron y se levantaron alborozadas de sus asientos al cantar Emilio Tuero: "Si yo sé que querés (AY!) y yo sé que me adorás (AY!) y si no me lo decís (AY!) es porque no te animás (AY!)" Y en cada AY —cuenta la leyenda— ellas se irguieron en el Estudio Azul de la W en plena orgía gimnasta de rendición. Sin necesidad de corrientes culturales las admiradoras adelgazaron de amor con melopeas y sonatinas apasionadas de la sinfonola y ya mujeres divinas fueron seducidas por el show de virilidad de los charros cantores (que pérfidamente transformaban la nacionalidad en don erótico para agregarle la esencia tricolor a cada levantisco sonido). Y el amor que nos conduce hasta la muerte dispuso de nombres y fotografías.

Pero aún faltaba para la irrupción de las Jovencitas. Fue la sociedad de masas quien las multiplicó, las distribuyó en academias de belleza y cursos de taquigrafía y labores domésticas y embarazos por omisión. Las Jovencitas son el resultado más conspicuo y —socialmente— menos visible de una explosión demográfica que, al favorecer la fragmentación de las antiguas identidades, acrecienta las sumisiones hogareñas, insiste en no hallarle a la mujer un futuro diversificado y por eso, en el mejor de los casos, le exige que modernice su resig-

nación. Son las Jovencitas, las hijas de Corín Tellado y el desempleo, de los argumentistas de fotonovela y la era electrónica, de los suspiros ante una foto y el desprendimiento indiferente de la virginidad, de la risa gremial antes de que el chiste se produzca y la fiel reproducción de conductas: coquetea, finge ceder, busca la mejor posición a tu alcance, cede, diviértete, apréndete las nuevas canciones mientras le das de comer al niño. ¿Quién toma en cuenta a las Jovencitas? Mientras comunicólogos, psicólogos y sociólogos se entretienen clasificando sus propias respuestas ante la enajenación y la manipulación (las Palabras que Todo lo Explican), ellas no se enteran, ni se molestarán al saberlo, de su condición enajenada y manipulada, de su condición de fenómeno poco estudiado.

Las Jovencitas, primer consecuencia de la fusión del machismo nacional con la sociedad industrial y de consumo. Se les prohíbe la voz y se les considera indignas del voto; no se les admite dignidad suficiente para una carrera universitaria ni se les supone autonomía sexual. Si logran algo allá ellas, pero no se les aplaude el gesto. Viven entre la aglomeración y la represión de los instintos, entre la indiferencia ante los discursos a la Nación y el regocijo por lo trivial. Se les ha cortado toda comunicación con la vida política ("asunto de hombres"), se les niegan los estímulos culturales y no se les acepta fuera del ámbito indiferenciado de la multitud. Con ánimo compacto, sirven la comida, van al mercado, estudian taquigrafía y mecanografía, desbordan las academias de belleza, resuelven los quehaceres de la casa, son asistentes domésticas en todo sentido, se ríen cuando se les pregunta y todavía insisten en bajar la cabeza. son "masa irredenta", las chistosísimas criaturas que rondan cualquier glamour de cuya existencia se dan cuenta, y lo hacen en grupos de dos o tres o diez, inmersas en la única conversación que han sostenido ese año, dispuestas a las lágrimas como su expresión sexual más inmediata y veraz. En su cambio permanente la Sufrida Mujer Mexicana deviene el auditorio creciente de jovencitas que aguardan al ídolo todos los días de todas las semanas...

Las jovencitas al acecho (II). El mercado de discos

Hoy llega el cantante a la Orilla del Exito (un hit en su haber) y, por tanto, debe promocionarse en el Mercado de Discos. Ellas lo reciben con alborozo cronometrado —la espontaneidad del grito se perfecciona en la espera— y el cantante, ávido de recompensa por sus horas-luz en los pasillos de la grabadora aguardando el chancecito, sonrío y finge envolver con el movimiento de sus labios a la niña que probablemente hoy en la mañana aún ignoraba su nombre, el nombre del futuro o imposible triunfador. No le hace: él o cualquier otro ocupará los altares, no los abandonará al tedio de la renta congelada, ofrendará ante la emoción de una mano que empuña una foto que solicita dedicatoria, oirá complacido chillidos leves y verá como la emoción resbaladiza acrecienta los apretujones, que continúe el programa, que él cante lo que veníamos a oír, y el (falso o inminente) ídolo no me-

nosprecia el happening, le encanta que le estrujen la ropa con amor, quién sabe si la semana próxima, en el baile de Tijuana, tendrá suerte o lo alcanzará un botellazo. Cálmense nenas, que a eso vine, a complacerlas.

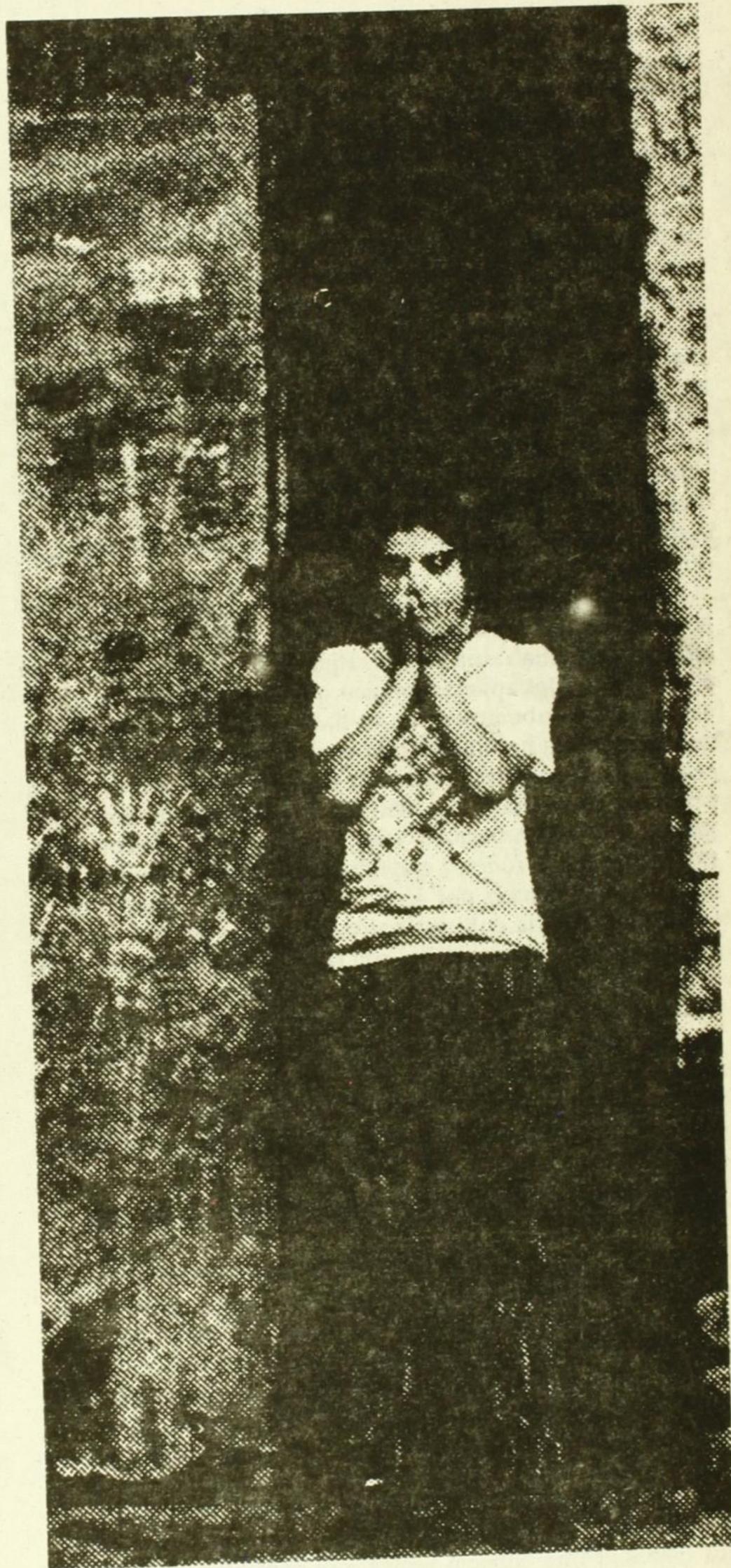
Quedate conmigo para toda la vida

La Gran Emoción. La Gran Emoción que las justifica y las explica. El Sentido de la Vida. La Pasión Quemante. Se han enamorado de éstos términos, los han inscrito ardorosamente en su tibia, golpeada, inexistente, aplastante soledad. frente a la plancha o en el estupor del tedio o en el camino a la escuela de cursos rápidos o al contemplar el miniposter. El Momento Sublime. Ellas esperan la hora de la telenovela, repetirán una y otra vez la misma broma sobre el parecido de una actriz con la más fea de las vecinas o de una vedette con la más casta de las que imparten la Doctrina. Ellas saquean los puestos de periódicos urgidas de la Enorme Dicha o la Horrible Desdicha que, al hacerlas vivir a trasmano, las justifica o las explica.

Sin destino y sin destinatario, las Jovencitas han aceptado el melodrama como su atmósfera nativa, un melodrama que honra con obediencia discreta las convenciones del folletín y ya no intenta redimirse con las situaciones laberínticas que tanto prestigiaron al cine de los cuarentas. Nada de las truculencias fatigosas de *La mujer X*, *Anita de Montemar (Ave sin nido)* y *El derecho de nacer*. En radionovelas, telecomedias y fotonovelas se requieren tramas sencillas, sin complicaciones y sin el desfile histórico de situaciones climáticas. "Este niño no debe nacer", la frase del melodramaturgo Félix B. Caignet, nos remite a esa muralla de prejuicios sociales y raciales que sólo desharán la bondad y las lágrimas. En barriadas y colonias populares del DF y la provincia, las Jovencitas (que oscilan entre los trece y los veinticuatro o veinticinco años de edad), se sienten —gracias al melodrama— vivas, singulares y en eterna disposición adoratriz.

El mundo de millones de mexicanos jóvenes: a) el radio con sus programas de teléfono libre; b) las telecomedias y las radionovelas; c) los programas estelares con cantantes rancheros o bolerísticos; d) las fotonovelas, género femenino por excelencia, con la carga machista concentrada en el término "femenino"; e) las academias comerciales y los cursos rápidos; f) las diversiones rituales: bailes de quince años, fiestas familiares o de barrio, festivales de las delegaciones; g) la infinitud de las revistas femeninas; h) la vida sexual como la amenaza de reproducir, a la vez, el esquema materno de docilidades y complicidades y la conducta digna y lacrimógenas de sus heroínas predilectas; i) la vida efectiva como repetición sentimental, el lenguaje como operación de la memoria en donde las palabras significan por su valor en una trama. Te amo, María/ Déjame Alberto, si no quieres hacer infeliz a una familia/ Pero, María/ Ni una palabra más, Alberto, soy católica.

¿De qué se abstienen las Jovencitas? De leer periódicos, de



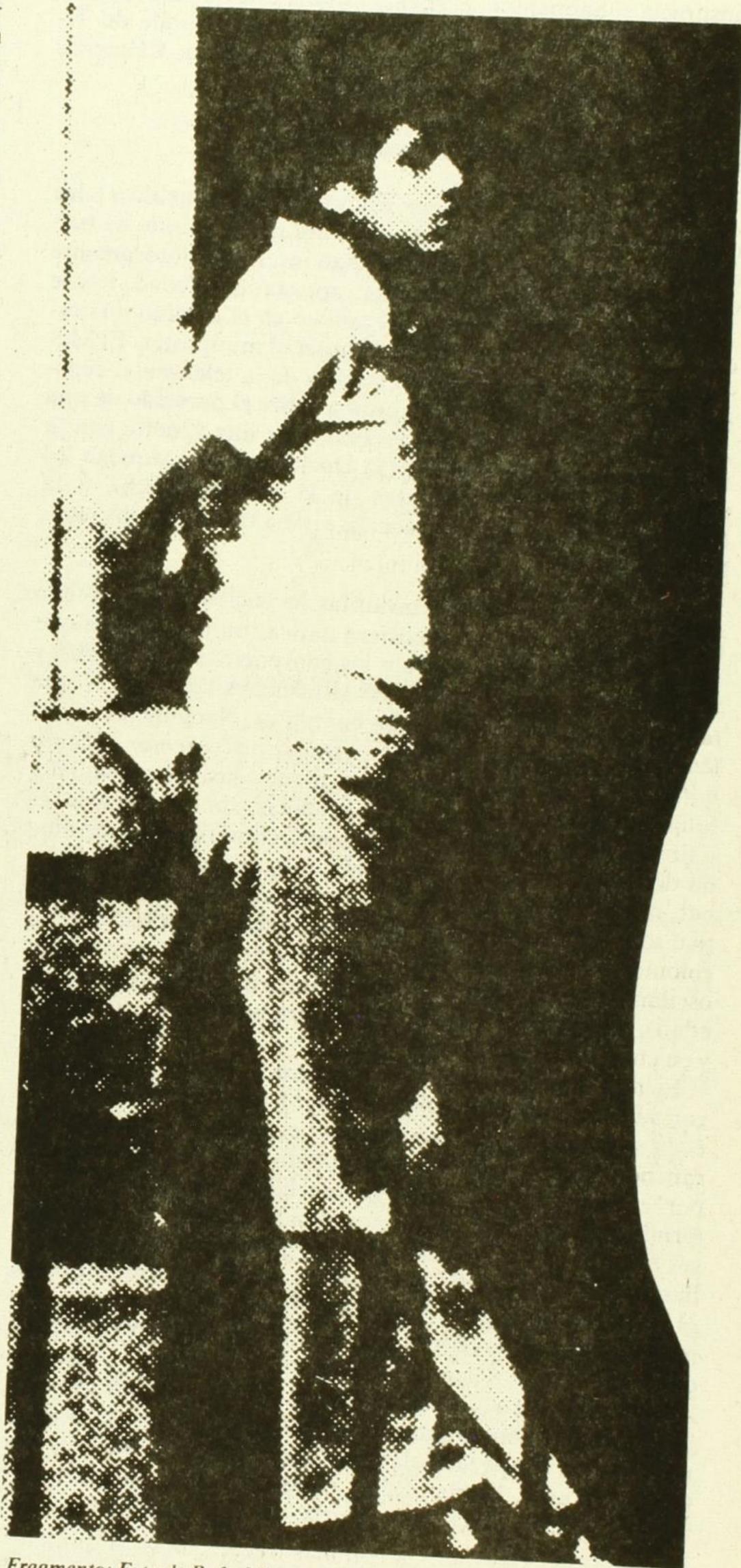
Fragmento: Foto de Rafael Doniz

inmiscuirse en política (así sea con el aleteo del pensamiento), de considerarse a sí mismas dueñas de una voluntad y un proyecto de vida. Uno las congela en una imagen denigratoria: tímidas, inhibidas, cuchicheando en la presencia de la gente mayor, alborozadas persiguiendo mínimos satisfactores. No son olvidadizas: nadie como ellas para retener la letra de todas las canciones (comerciales de radio y TV incluídas), nadie como ellas para identificar uno a uno a todos los neogalanos y las estrellitas y nadie como ellas para reconocerlos en la calle y preguntarles la veracidad del último chisme, es cierto que te divorcias, te casas, te diriges a Nueva York a estudiar teatro, vienes de triunfar en Puerto Rico, vas a estelarizar la siguiente comedia musical... El aludido se siente importante y mira el rostro sin facciones, el rostro sin rostro de la Jovencita y se ríe y hace un chiste, dirigido al parecer a su interlocutora, pero en realidad emitido hacia los miles y miles de admiradores (que pueden incluso no existir), y el chiste se extingue en la indiferencia y el hastío del floor mánager y el director de la telenovela.

El horizonte de las Jovencitas: lineal, narrativo, vasallo de la anécdota. Su destino ideal se cifra en el relato de los padecimientos de una rubia aristocrática o en los notables buenos sentimientos del apuesto médico que la pretende y que, por supuesto, no sabe quién fue su padre). Es más emocionante imaginarse a la heroína de blanco que indagar el nombre del criminal en una novela policiaca y el suspense equivale a una promesa: Jovencita, serás idéntica a tu madre, aprenderás la realidad en los embarazos y las privaciones y la comprensión de lo que te rodea y el deseo de que los sueños prefabricados te compensen por lo no vivido. Lugar común inevitable: la industria cultural oprime mientras resarce con ilusiones multitudinarias. Ellos son la visión impuesta del mundo y de ellos derivan las Jovencitas su implacable localismo (o nacionalismo) en el caso de que nación sea la comunidad de los indefensos, en el caso de que por nación se entienda un cúmulo o una suma de canciones, de chismes de columnistas, de comparación entre las fotos, de tramas donde la pobre accede al amor del rico o muere trágicamente en el último cuadro.

Las jovencitas al acecho (III). El ídolo en el club

Ay, qué emoción. Se va a partir el pastel del Quinto Aniversario del Club y Susana, la presidenta, está a punto de llorar y cómo le va a hacer para contestarle al periodista y decirle que no las vaya a chotear, son más de dos mil quinientas adolescentes dedicadas a intensa labor social en nombre de la juventud cantante. Y ya llevamos seis años, señor, dice, y ve como se va llenando la sede del Club en la colonia Jardín Balbuena y se acuerda de cómo empezó todo, con diez o doce socias, de las cuales sigue la mitad en el club. La verdad, les gustaba mucho como cantaba Ella y empezaron a comprar sus discos, y una conoció a otra y se confiaron sus admiraciones y luego se reunieron con varias y quisieron ver a la Artista, y el apoderado atendió la oportunidad, llegaban sin in-



Fragmento: Foto de Rafael Doniz

ventarlas, y les regaló discos y les compró pasteles y las acompañó en una reunión.

¿Por qué no ser buenas y útiles, ya que estaban reunidas? y por gusto fueron a hospitales, sanatorios y jardines de niños, y siempre que podía —es decir, siempre que había fotografías— la Cantante las acompañaba, les daba apoyo moral y a veces económico para realizar su labor.

Si señor, no nos crea chavas sin nada en el cerebro. Para nosotras, el fin de un club de admiradoras es doble: manifestarle a un artista la gratitud por lo mucho que nos da, y hacer algo por quienes necesitan apoyo o ayuda. Para nosotras, ha sido una sorpresa muy linda que Ella, tan famosa y tan ocupada, se brinde gustosa a darle su tiempo libre a este tipo de labores, sobre todo cuando se supone que viene a la capital en plan de descanso. Mire, señor, los artistas al natural son sensacionales porque a todos ellos el público les tiene gran simpatía y qué mejor que encabecen los grupos que llevan algo de alegría a los sitios donde todo es dolor y ausencia de los parientes como ocurre generalmente en los sanatorios. Viera con qué alegría nos reciben médicos y enfermeras. Se ve que un artista es grato estímulo para quienes ahí se hallan reclusos.

Ni te aflijas que ni quien se fije en ti

¿Por qué "Jovencitas"? Porque se requería un vocablo protector y distante, despectivo y paternalista que dibujase una especie identificable, pero indistinguible, digna-de-compasión-por-razones-que-no-tengo-en-mente. El término, desde su lejanía indiscriminadora, concentra un material filmable: allá van, tratando inútilmente de sacarle partido a su chaparrez, a su gordura inmanente, a los rostros ajenos a los Tratamientos Especiales, a los dientes nunca perfeccionados en la infancia por bridas o frenos, a la conversación sin ocurrencias o risas "modernas". *Tómese*: ¿son ridículas o desastrosas esas pelucas? ¿podrían esas manos admitir calificativo distinto a "corrientes", con esa casi "masculinidad" que deriva del mucho trabajo y el poco cuidado? No hay manera de enseñarles a que se pinten bien las uñas o a que adquieran el gusto que les hará rechazar las ofertas engalanadoras del mercado sobre ruedas.

Si hay justicia sobre la tierra, el que les recomendó estos cosméticos debe ir a la cárcel. ¡Qué colores! Propios para época de guerra, para maniobras marítimas, para escaramuzas en el Artico. ¿Quién les dijo que eso es maquillaje o en qué circo las pintarrajearon? ¿Ya vieron ese corte de pelo? ¡Poblrecitas! Dejarlas salir a la calle con ese nido de arañas o de ratas, con ese aspecto punk a pesar suyo, con ese corte a lo Bo Derek que más bien recuerda las fotos de asilos mentales en la década del treinta. ¿Cómo encajar aquí el concepto de "alta femineidad", cómo siquiera contrastar la elegancia burguesa con estas apariencias inermes?

¡Imagínense! Hagamos una apuesta, ¿En donde suponen que las Jovencitas pierden con más frecuencia su virginidad? Elijan:



—En unos baños públicos. Qué vergüenza al principio. Ella creía que todos la miraban, pero la curiosidad y la gana eran muy fuertes y había que hacerlo, ella *tenía que ser mujer*, porque *ser mujer* es un requisito a la vez personal y social; no sólo es cuestión del sexo sino del alma, del sufrimiento al que *una mujer* tiene derecho y que una señorita sólo conocerá por desgracias familiares y una vez que se quedaron solos ella miró la plancha en el cuarto de vapor y no supo si le gustaba o no el sitio donde por fin *sería mujer*.

—En una azotea. Primero jugaron y luego forcejearon y al iniciar ella sus gemidos todo lo demás fue rapidísimo.

—En el cuarto de una amiga. Tomaron unas cervezas y los dos las abrazaron y ellas se rieron, y al cabo su amigo ya tenía experiencia, y era mejor que sucediese a su lado, y no sola, desamparada.

—En su propia casa, un domingo sofocante cuando todos se habían ido al cine.

Y se puede reconstruir el proceso que la llevó a perder no su honra (ya nadie se refería así a su virginidad) sino su dote hogareña, su contribución al orgullo de su marido la noche de bodas. A lo mejor no tiene razón, pero ella le atribuye *su disponibilidad* a las melodías que le hacían sentir que ella sí era sensual muy sensual y que necesitaba amor, pero bonito, del bueno, un amor del que se pudiera enamorarse y al que le pudiera confiar sus tesoros. Y un día la canción se concretó, de modo muy distinto al previsto, y la invitaron a un lugar, o nadie la invitó pero ahí fue, a sabiendas de las broncas con

sus padres, porque el amor hay que sacrificarle todo, esa ternura que iluminará la vida, a esa mano fuerte que ceñirá dulcemente el talle, y se arriesgó y acudió, y eso fue lo malo o lo bueno, y apenas si conocía al cuate pero las canciones estaban muy bonitas, y se ríó mucho y luego le dolió mucho también y cuando llegó a las cuatro de la mañana su padre la abofeteó y le gritó cosas no de la honra pero sí del abuso, el amor finalmente no se realizó, aunque no hay que desesperar, ya llegará como un ave que regresa a su nidal. El caso es que deseaba hacer el amor y hacerse de un hijo al que querer, pero tenía mucho miedo, miedo de que si lo hacía ya no saldría de su colonia, terminaría sus días no en una telenovela sino en una lavandería o cuidando seis criaturas, pero el deseo, pero el miedo, pero el deseo...

Las jovencitas al acecho (IV). El neogalan

El Neogalán vuela en éxtasis, besa a una admiradora, deposita una mirada de ensoñación sobre las manos que le tienden papeles, abraza a una estrellita, emite un saludo adulador que satisface a un periodista absolutamente desconocido y se instala en el éxtasis en perfecta línea de flotación. El chillido de las Adolescentes —que lo desmientan la provincia y Centroamérica— es su séquito natural. El Neogalán se transforma en Supergalán, besa una y mil mejillas, el triunfo es una mejilla de mujer que se aproxima, un gemido de alborozo ante su presencia, un suspiro ante el miniposter que difunde su excelencia. El Neogalán es raya en el agua y que le conserven su lugar muchísimo tiempo.

La Jovencita lo contempla largamente así nomás lo mire unos segundos. ¡Qué guapo es! ¡Qué bonitos ojos y qué bonitas pestañas y que voz tan suave! Completamente distinto de sus amigos y sus pretendientes que nomás van a lo que van. Ella por eso se ha esperado las horas y las horas para ver al Neogalán, porque es otra cosa, luego luego se ve que es fino y que no va a andar estrujando y mordiendo y agarrando a todas horas. Y ella recuerda las canciones que le gustan y sonríe y vuelve a contemplar largamente al Neogalán, otros interminables segundos.

Anécdotas significativas

Eso logran las Jovencitas: "encumbran" a cantantes y compositores, adquieren en profusión los discos nacionales, rodean al ídolo reciente o nonato y lo acosan y lo besan y le arrancan la ropa y le recitan la letra, entrañablemente asumiendo, de su primera canción, la que vino con tal celeridad que no tuvo tiempo de tener éxito. ¿Pueden hacer otra cosa sabiendo lo que les espera en casa, sabiendo lo que es *la casa*? Ya no cuentan, así se posean en abundancia, las antiguas virtudes familiares —esa productividad del tejido y la paciencia— y la sociedad de masas genera una nueva definición de femineidad, ya no protectora, ni ligada compulsivamente a la familia. En una sociedad semitecnológica, la explosión demográfica es revolución moral que no se atreve ni a decirse ni

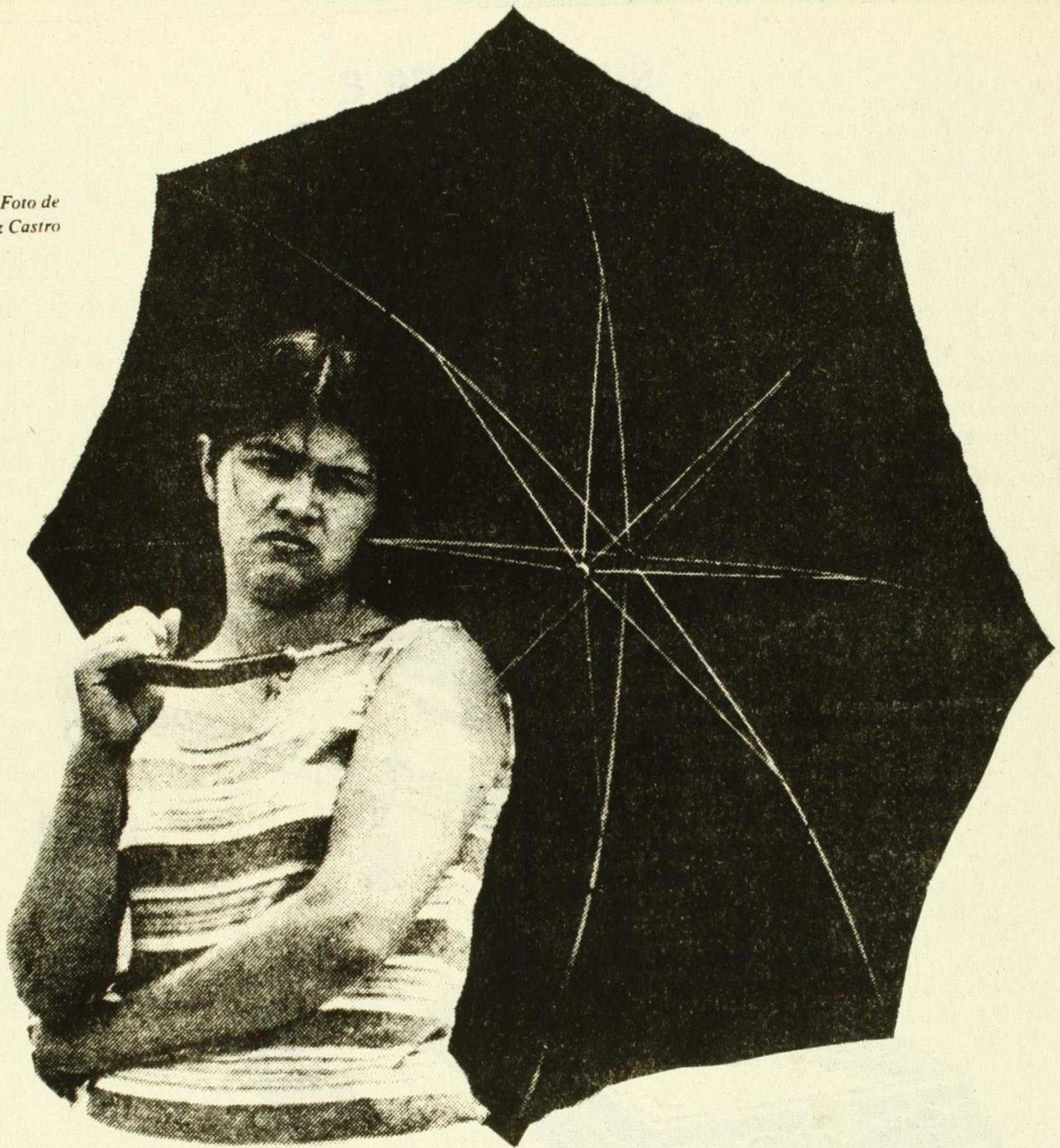
a saberse tal. La nueva femineidad, entendida en forma masiva, añade a los dominios tradicionales del machismo una dimensión: el carácter prescindible de los protagonistas de sus historias. Lo anterior evoca las teorías sobre la uniformidad de las masas, pero más seguramente alude al hecho de que *en tanto* sujetas a la "condición femenina" las Jovencitas son intercambiables. Su zona de voluntad y decisiones está en otra parte; socialmente, la "femineidad" es territorio de doblegamientos y aceptaciones, las horas muertas oyendo radio, mirando a la televisión manar las profecías de la dicha, atisbando o entreviendo los objetos que la distancia construye. La femineidad es cúmulo de respuestas e idiomas aprendidos: cuántas incitaciones o cuántos extrañamientos caben en el cuerpo que las Jovencitas manejan o memorizan de acuerdo al código en vigor, sin la premeditación de sus correspondientes en la burguesía, con la docilidad de quien sabe que pronto —un descuido, una intemperancia, un compromiso a fecha fija— perderá lo único acumulado, no la virginidad como inversión matrimonial sino como facilidad de movimientos. En la medida en que su cuerpo es toda la expresión de que disponen, las Jovencitas se sienten y se saben intercambiables, no psicología sino biología o servicio doméstico.

No confundamos: las Jovencitas no son *jovenes*, en el sentido occidental de la expresión. Para ellas, no hay juventud como tiempo del ocio dilapidador, de la alegría filmable en comercial refresquero, de viajes y experiencias y rebeldía que se someterán a su debido tiempo. No son jóvenes, son eso, *Jovencitas*, el diminutivo que las confina en el olvido así las estamos viendo. Ni modo. Una sociedad que proscribiera de su acción y de su comprensión a un sector tan vasto, condenándolo a los abismos de la timidez y del tedio agradecido, se ha negado a sí misma el derecho de la madurez. El sexismo aplicado masivamente, la creación estricta y uniforme de comportamientos, son operaciones políticas de primer orden. Solícitas, encrespadas, enamoradas idealmente, con lágrimas en los ojos, Capuletos deseosos de Montescos, las Jovencitas, desde su inhibida y plácida sumisión, presagian el porvenir nacional. O sea...

Las jovencitas al acecho (V) El vals de aniversario

Es una fecha inolvidable. Y que no importe el gasto. Nosotros, incluso en este barrio, de gente de pocos recursos, no nos olvidamos de lo que significa para una chava cumplir quince años. Claro que las cosas cambian, y claro que cambian más si uno no tiene para el alquiler del salón, y debe hacerlo en su propia casa, como se pueda, amontonando muebles, pidiéndoles sillas a los vecinos, desesperándose porque no van a alcanzar el ron y los sándwiches y los pasteles. Pero no se vale despojar a una chava del gusto de sus quince. Sólo se viven una vez, y sólo una vez las amigas se preparan y se ríen, y los chavos se ponen serios y aceptan ser chambelanes y vienen a ensayar con el maestro de baile (que es otro

*Fragmento. Foto de
Rafael López Castro*



chavo que gana unos pesos organizando los pasos y preparando toda la ceremonia).

Antes había catorce damas y catorce chambelanes. Pero a los papás de las muchachas les resultaba muy caro el numerito o había mucha envidia, quién sabe. El caso es que lo que se usa ahora son cuatro, seis, ocho chambelanes, puros hombres y la quinceañera. Ella en medio, bailando, moviéndose al ritmo. Ahora que hay cada tarada que uno no da crédito. Se tropiezan y se caen, y se levantan y se echan a llorar, y hay que aplaudirles mucho para que se calmen, y cuando se calman es la mamá la que se pone a chillar.

A toda la gente le gustan las alzadas. Que la festejada la

trepren y la eleven y todos aplauden y ella se sienta como la novicia voladora. Antes se usaban valeses. Ahora aguanta mucho "El sueño imposible", aunque esa canción sin hielo seco como que no va. Y pasa el tiempo y la gente sigue entusiasmada con los quince años. Como que no conciben dejar de ser flores que abren sus pétalos, como que siempre hace falta un discurso, y lagrimitas y conmoción y la quinceañera sonríe y se dispone a ser alzada y los padres se abrazan y un tío muy borracho hace desfiguros y gime pensando en lo que se hubiese divertido su hijita si Dios no se la hubiera llevado en aquel accidente. Y la hijita, que no ha muerto y que está allí al lado, consuela como puede a su papá. **J**